

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*



Verity

LA SOMBRA DE UN ENGAÑO

COLLEEN
HOOVER

booket

Colleen Hoover

Verity. La sombra de un engaño

Traducción de Claudia Conde



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Colleen Hoover, 2018

Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través de International Editors' Co

© por la traducción, Claudia Conde, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Murphy Rae

Imagen de la cubierta: © SKC / Stocksy y © TitoOnz / Deposit Photos

Primera edición en Colección Booket: abril de 2024

Primera edición en esta presentación: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.713-2025

ISBN: 978-84-08-30452-4

Impreso en España

Oigo el crujido del cráneo antes de que me salpique la sangre.

Sofoco un grito y retrocedo hacia la acera. Uno de mis tacones tropieza con el bordillo y tengo que agarrarme al poste de una señal de «Prohibido aparcar» para no caerme.

El hombre estaba justo delante de mí hace cuestión de segundos. Estábamos entre un grupo de gente que esperaba a que cambiara el semáforo, cuando él bajó a la calzada antes de tiempo y fue arrollado por un camión. Hice un gesto para detenerlo, pero me quedé solamente con aire entre las manos mientras él caía. Cerré los ojos antes de que la cabeza desapareciera bajo la rueda, pero oí el ruido que hizo al reventar, como de descorchar una botella de champán.

Fue culpa suya, por ir mirando distraídamente el móvil, quizá como consecuencia de haber cruzado muchas veces la misma calle sin incidentes. Muerte por rutina.

La gente mira boquiabierta, pero nadie grita. El hombre que viajaba en el asiento del acompañante salta de inmediato del camión a la calzada y se arrodilla junto al cadáver. Me alejo de la escena, mientras varias personas corren a ayudar. No necesito mirar al hombre tendido

bajo la rueda para saber que no ha sobrevivido. Me basta ver mi blusa, que antes era blanca y ahora está salpicada de sangre, para comprender que un coche fúnebre sería más útil que una ambulancia.

Doy media vuelta para dejar atrás el accidente —y encontrar un lugar donde respirar—, pero ahora el semáforo indica que ya se puede pasar y me resulta imposible remontar a contracorriente el río humano de Manhattan. Algunos ni siquiera levantan la vista de las pantallas de sus móviles mientras pasan por delante del hombre muerto. Renuncio a tratar de moverme y espero a que pase la mayor parte de la gente. Vuelvo la vista al lugar de los hechos, esforzándome para no mirar directamente al cadáver. El conductor del camión está ahora detrás del vehículo, con los ojos desorbitados, hablando por teléfono. Tres o tal vez cuatro personas están ayudando. Otros se han acercado por curiosidad morbosa y filman la truculenta escena con sus móviles.

Si todavía viviera en Virginia, todo esto se desarrollaría de una manera completamente diferente. El movimiento de la calle se detendría. Habría pánico, gritos y, en cuestión de minutos, llegaría un equipo de prensa al lugar del accidente. Pero aquí, en Manhattan, un peatón arrollado por un vehículo es algo tan frecuente que no pasa de ser una molestia. Un retraso en el tráfico para algunos, una prenda de ropa arruinada para otros... Sucede tan a menudo que probablemente ni siquiera aparecerá en los periódicos.

Por mucho que me indigne la indiferencia de alguna gente de esta ciudad, fue precisamente por eso por lo que vine hace diez años. La gente como yo se siente a gusto en

ciudades superpobladas. Aquí el estado de mi vida no le interesa a nadie. Hay muchísima gente con historias mucho más tristes que la mía.

Aquí soy invisible. No existo. Manhattan está demasiado atestada de gente para que yo le pueda importar una mierda, y me encanta por eso.

—¿Te has hecho daño?

Levanto la vista para mirar al hombre que me está tocando un brazo y me observa la blusa. Se le nota una preocupación sincera mientras me mira de arriba abajo, valorando posibles lesiones. Por su reacción deduzco que no es un neoyorquino de pura cepa. Puede que ahora viva en la ciudad, pero su lugar de procedencia —sea cual sea— no debe de haberlo vapuleado hasta privarlo por completo de empatía.

—¿Te has hecho daño? —repite el desconocido, mirándome esta vez a los ojos.

—No. La sangre no es mía. Estaba al lado de él cuando...

Me interrumpo. «Acabo de ver morir a un hombre.» Estaba tan cerca que su sangre me ha salpicado.

Me mudé a la ciudad para ser invisible, pero no soy de piedra. Lo he estado trabajando, he intentado volverme tan dura como el hormigón bajo mis pies, pero no lo he conseguido del todo. Lo que acabo de presenciar me ha hecho un nudo en el estómago.

Me tapo la boca con la mano, pero la retiro rápidamente al sentir algo pegajoso en los labios. «Más sangre.» Me miro la blusa. Mucha sangre, pero toda ajena. Cojo la blusa entre el pulgar y el índice para separármela del cuerpo, pero la tengo pegada a la piel en los puntos donde las salpicaduras empiezan a secarse.

Creo que necesito agua. Estoy un poco mareada y me gustaría frotarme la frente y tocarme la nariz, pero me da aprensión. Miro al hombre que me sigue sujetando el brazo.

—¿Tengo la cara manchada? —le pregunto.

Se muerde los labios y enseguida busca algo con la vista en la calle, a nuestro alrededor. Señala con un gesto una cafetería, varios portales más adelante.

—Allí tendrán un lavabo —dice mientras me empuja levemente por la espalda para llevarme en esa dirección.

Echo una mirada al edificio de Pantem Press, en la ace-
ra de enfrente, adonde me dirigía antes del accidente. ¡Es-
taba tan cerca...! A cuarenta o tal vez sesenta metros de
una reunión a la que necesitaba desesperadamente asistir.

Me pregunto a qué distancia de su destino estaría el
hombre muerto.

El desconocido abre la puerta y la sostiene para mí.
Una mujer con un café en cada mano intenta colarse y sa-
lir sin dejarme pasar, hasta que me ve la blusa. Entonces
retrocede disgustada y permite que entremos los dos. Voy
al lavabo de mujeres, pero encuentro la puerta cerrada con
llave. Mi acompañante empuja la puerta del de hombres y
me indica con un ademán que lo siga.

Sin pasar el cerrojo después de cerrar la puerta detrás
de nosotros, va directamente a los lavamanos y abre un
grifo. Me miro al espejo y veo con alivio que la situación
no es tan mala como me temía. Tengo en las mejillas va-
rios goterones de sangre que empiezan a oscurecerse y a
formar costra, y una salpicadura sobre las cejas. Por suerte,
la blusa se ha llevado la peor parte.

El hombre me pasa unas toallitas de papel mojadas, y
yo me limpio la cara mientras él humedece algunas más.

Ahora huelo la sangre. La nota acre y dulzona que flota en el aire me transporta como un vendaval a la infancia, a mis diez años. El olor a sangre es suficientemente intenso como para seguir recordándolo después de tanto tiempo.

Intento contener la respiración al presentir un nuevo acceso de náuseas. No quiero vomitar. Pero necesito desprenderme de la blusa. «Ya mismo.»

Me la desabrocho con dedos temblorosos, me la quito y la pongo bajo el grifo. Dejo que el agua haga su efecto, mientras acepto el resto de las toallitas que el desconocido ha humedecido para mí y las uso para limpiarme la sangre del pecho.

Veó que se dirige a la puerta, pero en lugar de concederme un momento de privacidad, ahora que he quedado semidesnuda con el más horrible de mis sujetadores a la vista, pasa el cerrojo, para que nadie entre en el lavabo y me sorprenda sin blusa. Su gesto resulta caballeroso pero inquietante y me produce cierta incomodidad. Estoy tensa, mientras lo vigilo a través del reflejo en el espejo.

Llaman a la puerta.

—¡Un momento! —dice él.

Me tranquilizo un poco, reconfortada por la idea de que hay alguien al otro lado de la puerta que me oiría gritar, llegado el caso.

Me concentro en la sangre hasta asegurarme de haberme limpiado bien el cuello y el pecho. A continuación me inspecciono el pelo, volviendo la cabeza a derecha e izquierda delante del espejo, pero lo único que veo son tres centímetros de raíces negras bajo un tinte caramelo desvaído.

—Espera —me indica el hombre mientras se desabrocha el último botón de la impecable camisa blanca—. Ponte esto.

Ya se ha quitado la americana, que ahora cuelga del pomo. Cuando se deshace de la camisa, veo que lleva una camiseta debajo. Es musculoso y más alto que yo. Su camisa me quedará enorme. No puedo presentarme con ella en la reunión, pero no tengo más remedio. La acepto. Cojo unas cuantas toallas de papel sin humedecer, las uso para secarme y entonces me pongo la camisa y me la empiezo a abotonar. Estoy ridícula, pero al menos no fue mi cráneo el que salpicó de sangre la blusa de otra persona. «No se conforma quien no quiere.»

Recojo mi blusa mojada del lavabo y reconozco que no tiene salvación. La tiro a la papelera, me agarro a los bordes del lavamanos y me miro al espejo. Dos ojos cansados y vacíos me devuelven la mirada. El horror de lo que acababan de presenciar les ha oscurecido el color, que de avellana ha pasado a un castaño turbio. Me froto las mejillas con la base de las palmas, sin ningún éxito. Tengo cara de muerta.

Me apoyo contra la pared y desvío la vista del espejo. El hombre está enrollando la corbata. Se la guarda en el bolsillo de la americana y se me queda mirando un momento.

—No distingo si estás tranquila o en estado de *shock*.

No me encuentro en estado de *shock*, pero tampoco puedo afirmar que esté tranquila.

—No estoy segura —admito—. ¿Tú estás bien?

—Sí —contesta—. He visto cosas peores, por desgracia.

Inclino la cabeza, intentando diseccionar las diferentes capas de su enigmática respuesta. Desvía la mirada y yo lo observo con más insistencia todavía mientras me pregunto qué habrá visto que pueda ser peor que la cabeza

de un hombre aplastada por la rueda de un camión. Puede que sea neoyorquino de nacimiento, después de todo. O quizá trabaja en un hospital. Tiene ese aire de competencia que a menudo emana de las personas que se ocupan de cuidar a los demás.

—¿Eres médico?

Dice que no con un gesto.

—Trabajo en el negocio inmobiliario. O trabajaba, mejor dicho.

Avanza un paso y tiende una mano para quitarme algo del hombro de la camisa. De su camisa. Baja el brazo y me mira a los ojos un momento, antes de retroceder una vez más.

Sus ojos son del color de la corbata que acaba de guardarse en el bolsillo: un tono verde amarillento. Es guapo, pero algo en él me hace pensar que preferiría no serlo, casi como si su aspecto físico fuera un inconveniente para él, una parte suya que no debería llamar la atención. Quiere ser invisible en esta ciudad. «Lo mismo que yo.»

La mayoría de la gente viene a Nueva York para ser descubierta. Los demás venimos para escondernos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Lowen.

Noto que hace una pausa cuando pronuncio mi nombre, pero solamente dura unos segundos.

—Yo me llamo Jeremy —dice.

Abre el grifo y empieza a lavarse las manos. Lo sigo mirando fijamente, incapaz de mitigar mi curiosidad. ¿Qué habrá querido decir con eso de que ha visto cosas peores que el accidente que acabamos de presenciar? Ha dicho que trabajaba en el negocio inmobiliario, pero ni siquiera

el peor día de un vendedor de fincas podría producir el tipo de melancolía que parece inundarlo.

—¿Qué te ha pasado? —le interrogo.

Me mira a través del espejo.

—¿Por qué lo dices?

—Has dicho que has visto cosas peores. ¿Qué has visto?

Cierra el grifo, se seca las manos y se vuelve para mirarme.

—¿De verdad quieres saberlo?

Asiento con la cabeza.

Tira la toallita a la papelería y se mete las manos en los bolsillos. Su actitud se vuelve aún más sombría. Me está mirando a los ojos, pero parece haberse desconectado del momento presente.

—Hace cinco meses, saqué de un lago el cadáver de mi hija de ocho años.

Inspiro una bocanada de aire y me llevo la mano a la base del cuello. «No era melancolía lo que había en su expresión. Era desesperación.»

—Lo siento muchísimo —susurro.

Y es verdad que lo siento. Por su hija y por mi exceso de curiosidad.

—¿Y tú?

Se apoya contra los lavabos como si estuviera listo precisamente para esta conversación. La ha estado esperando: una charla con alguien que haga que su drama parezca menos trágico. Es lo que haces cuando has vivido lo peor que podía pasarte. Buscas a gente como tú, a gente que esté peor que tú..., y la usas para sentirte mejor respecto a la experiencia horrible que has tenido.

Trago saliva antes de hablar, porque mis tragedias no son nada en comparación con las tuyas. Pienso en la más reciente y me da apuro expresarla en voz alta, porque es insignificante al lado de lo que ha vivido él.

—Mi madre murió la semana pasada.

No reacciona ante mi tragedia como yo he reaccionado ante la tuya. De hecho, no reacciona en absoluto, quizá porque esperaba que la mía fuera peor. Y no lo es. «Gana él.»

—¿De qué murió?

—De cáncer. Este último año la he cuidado en mi casa. —Todavía no lo había hablado con nadie. Percibo las pulsaciones de mi propia sangre en la muñeca y me la aprieto con la otra mano—. Es la primera vez que salgo a la calle en varias semanas.

Nos seguimos mirando un momento. Me gustaría decir algo más, pero nunca hasta ahora había mantenido una conversación tan intensa con un completo desconocido. En cierto modo quiero que termine, porque no sé adónde puede conducir.

No conduce a nada. Simplemente se acaba.

Se gira hacia el espejo, se mira una vez más y se coloca en su sitio un mechón de pelo oscuro.

—Tengo una reunión y no puedo faltar. ¿Estás segura de que estarás bien?

Ahora me está mirando a través del espejo.

—Sí, todo perfecto.

—¿Perfecto?

Se vuelve mientras repite la palabra, como si le resultara menos tranquilizadora que un simple «estoy bien».

—Perfecto —aseguro—. Gracias por la ayuda.

Me gustaría verlo sonreír, pero no es el momento. Ten-

go curiosidad por saber cómo es su sonrisa. Pero se limita a encogerse levemente de hombros.

—Muy bien —dice.

Retira el cerrojo de la puerta y la abre para dejarme pasar, pero no salgo enseguida. Me quedo un momento mirándolo, incapaz todavía de hacer frente al mundo exterior. Aprecio su amabilidad y me gustaría decirle algo más, darle las gracias de alguna manera, quizá mientras tomamos un café o en otra ocasión, para devolverle la camisa. Me siento atraída por su altruismo, que en estos tiempos es una auténtica rareza. Pero el destello del anillo de casado en su mano derecha me impulsa a seguir adelante y salir del baño y de la cafetería, hacia las calles donde ahora pulula una multitud aún más compacta.

Ha llegado una ambulancia que bloquea el tráfico en ambas direcciones. Vuelvo al lugar del accidente, pensando que tal vez quieran interrogarme. Espero junto a un agente que está tomando nota de las declaraciones de otros testigos. No difieren de las mías, pero yo respondo a sus preguntas y le doy mi teléfono de contacto. No sé de qué puede servir mi testimonio, ya que en realidad no vi cómo lo embestía el camión. Pero estaba lo bastante cerca para oírlo. Lo bastante cerca para quedar manchada como un cuadro de Jackson Pollock.

Me vuelvo y veo que Jeremy sale de la cafetería, con un café recién comprado en la mano. Cruza la calle, concentrado en su lugar de destino. Ahora su cabeza está en otra parte, lejos de mí. Probablemente estará pensando en su mujer y en lo que le dirá cuando vuelva a casa sin camisa.

Saco el teléfono del bolso y consulto la hora. Todavía tengo quince minutos antes de la reunión con Corey y la

editora de Pantem Press. Las manos me tiemblan mucho más ahora que ya no está el desconocido para distraerme. Me vendría bien un café. La morfina me vendría mucho mejor, pero los del servicio de cuidados paliativos se llevaron todas las existencias de mi apartamento la semana pasada, cuando vinieron a recoger su material tras la muerte de mi madre. Estaba tan afectada que no recordé esconderla. Una pena. Ahora me sentaría de maravilla.